

os de la santería facilita una aproximación estética auténtica a las diversas dificultades que implica un estudio de un fenómeno tan complejo.

El libro, en últimas, vale la pena? En absoluto para alguien que no se halle en medio de una investigación. Ahora bien, para un antropólogo, un historiador o un sociólogo puede que tengan relevancia algunos artículos; otros son presentaciones sobres de un problema religioso mal investigado. En suma, se trata de una recopilación de especialistas para especialistas, que carece de unidad y que tiene algunos artículos rescatables.

Leonardo Montenegro M.

Profesor

*Departamento de Antropología
Universidad Nacional de Colombia*

Frontera fluida entre Andes, piedemonte y selva:

El caso del Valle de Sibundoy, siglos XVI-XVIII

MARIA CLEMENCIA RAMIREZ DE JARA

*Instituto Colombiano de Cultura Hispánica,
Santafé de Bogotá 1996, 221 p.*

Este trabajo constituye la tesis de grado de la autora que obtuvo mención meritoria en la maestría en historia en la Universidad Nacional de Colombia. Teórica y metodológicamente se ubica en la interrelación entre la Historia Social y la Etnología, con el fin de esclarecer el papel que desempeñaron los grupos étnicos que habitan en el Valle de Sibundoy, los Camasá y los Inga, durante el período que comprendido entre los siglos XVI y XVIII, "en la relación

que las sociedades de los Andes Colombianos establecieron en diferentes pisos térmicos cuando tuvieron que construir su economía, sus sistemas de organización social y su cultura", al decir del historiador Hermes Tovar (p. 7), quien dirigió la tesis y presenta la obra.

La autora considera que los dos grupos habitantes del Valle de Sibundoy, en la medida en que su territorialidad no está circunscrita al valle sino que lo desborda —hacia arriba hasta llegar a Aponte y a las tierras de los Pasto, hacia abajo hasta relacionarse con Siona y Kofán— son los estructuradores y mediadores de la relación Andes-selva en la época precolombina. Asimismo, que presentan "los rasgos de una organización dual al compartir el mismo territorio [...] dentro de una unidad de opuestos complementarios" (p. 28). Ambas características habrían permitido la sobrevivencia de estos grupos al convertirse en fundamentos de resistencia cultural.

Sin embargo, su análisis parte de definir a los habitantes del Valle de Sibundoy como gentes del piedemonte, a pesar de que su hábitat está localizado por encima de los 2.000 metros de altura sobre el nivel del mar y cuando el Diccionario Geográfico de Colombia del Instituto Agustín Codazzi da como límite superior del piedemonte los 1.000 metros de altura. En el texto no aparecen claras las razones para esta caracterización, además de que adolece de una definición de piedemonte que pudiera permitirnos emprender una discusión al respecto; quizás habría que buscar la explicación en el hecho de la autora puede dar a esta categoría un sentido más sociocultural que físico, cosa que, en caso de ser así, habría sido necesario explicitar para evitar "oscuridades". De todos modos, parecería más puesto en razón si se considerara a las gentes de esta región como de vertiente, no sólo por su ubicación, sino porque es claro que en su vida de hoy son más andinos que selváticos, aunque la historiadora-antropóloga tiene razón en plantear que presentan elementos provenientes de ambos tipos de sociedad.

Respecto de lo anterior y pese a que se anuncia que la etnología va a jugar un papel importante en

el estudio de la situación y papel de estos grupos, hubiera sido de desear que verdaderamente el trabajo de campo la condujera a poder mostrar con detalle la manera como ambas fuentes culturales están articuladas en la actualidad en una y otra sociedad, pues la visión culturalista que se limita a enunciar la presencia de rasgos provenientes de distinto origen, unos al lado de los otros, es insuficiente como elemento demostrativo, como ocurre en este caso. Sin embargo, habría que considerar igualmente que si bien es cierto que la mayor parte de la población de estas dos sociedades se encuentra agrupada en los núcleos que tienen su residencia en el Valle de Sibundoy, otra parte relativamente numerosa ocupa tierras más bajas, algunas de ellas realmente en el piedemonte y aun en la selva.

Asimismo, es problemática la segunda tesis de la autora, aquella que hace referencia a que Kamsá e Inga constituyen una única sociedad de carácter dual y estructurada en mitades. No basta con señalar, como resulta evidente a la observación misma, el hecho de la convivencia de ambos grupos en el valle desde hace un tiempo considerable, ni que comparten rasgos socio-culturales y organizativos, ni indicar que uno de ellos, los Kamsá, está conformado por agricultores relativamente sedentarios, mientras que muchos de los miembros del otro, los Inga, son comerciantes especializados que viajan en forma permanente en largos recorridos y hasta alcanzar lugares muy alejados. Habría que mostrar las interrelaciones que los ligan y el papel que la actividad específica de cada uno desempeña en la vida del otro, así como los subsistemas de relaciones sociales que los enlazan en cada nivel de la vida social, cosa que la autora no hace, contentándose simplemente con afirmarlo.

Al parecer, su concepto de sociedad dual organizada en mitades no es muy preciso; aunque el texto aduce retomar la caracterización de Ira Buchler, la información que aparece a lo largo del mismo no parece ajustarse a ella. Al contrario, lo que puede deducirse con claridad de la información aportada por el libro es que entre Kamsá e Inga no se da "la división de un grupo en dos mitades que ocupan posiciones ideológicas complementarias" (Buchler,

1982, cit. p. 127), sino que se trata de dos grupos que son diferentes, no solamente en la actualidad sino desde sus orígenes mismos, y que parecen compartir muchos elementos ideológico-prácticos fundamentales, como el chamanismo y el complejo del yagé; tampoco es visible que existan "divisiones complementarias de poderes" (Buchler, *idem.*) ni de otros elementos de la vida social, aun que no se hace un estudio de las formas de poder y autoridad indígena en el Valle, ni de los posibles nexos entre sus Cabildos. A esto hay que agregar que ninguno de los dos se caracteriza por la presencia de una "exogamia" (Buchler, *idem.*) que lo indujera a una necesaria relación complementaria de intercambio matrimonial con el otro.

El hecho probado de que los españoles los consideraran y trataran a veces como un sólo grupo ind diferenciado no puede ser base de demostración porque fue cosa frecuente que entre los conquistadores y colonizadores se presentaran estos casos de no diferenciación, de agrupamiento genérico de dos o más grupos locales bajo una misma denominación, caracterización o política, hecho que, como es sabido, ha dificultado en grado sumo el proceso de identificación y diferenciación de los distintos grupos por parte de los etnohistoriadores.

El carácter precario de ambas "hipótesis" —pues como tales aparecen en las conclusiones del libro— no impide que el texto pueda mostrar la importancia de estos dos grupos sociales para el permanente e intenso intercambio entre selva y montaña durante la época precolombina y aún durante una buena parte de las primeras épocas de la colonialidad en los cuales constituyeron una "frontera móvil" —la autora toma este concepto del trabajo de la también antropóloga e historiadora Patricia Vargas sobre los embera y los cuna en los siglos XVI y XVII— entre estos dos grandes espacios de la territorialidad de la región; ni tampoco su aporte en el análisis de cómo el desarrollo de las nuevas relaciones económico-sociales por parte de los españoles, en especial aquellas ligadas con la minería, terminó por desestructurar tal sistema de frontera y establecer, en cambio, una ruptura real entre las tierras de la cordillera y las tierras bajas selváticas, ambientes que desde un comienzo los

Europeos siempre concibieron desligados, como lo demuestra la investigadora en su trabajo.

La exploración de archivos, cronistas, tradición oral e incluso el seguimiento en el campo de algunas rutas, permitió a María Clemencia Ramírez establecer los principales caminos que conformaron el circuito comercial por el cual se desplazaban los sibundoyes, incluyendo dentro de ellos algunas rutas importantes para la época y que hoy estaban olvidadas, como aquella que llevaba de Pasto a Mocoa bordeando el Patascoy para llegar a la selva y dirigirse luego hacia el norte hasta alcanzar su meta.

Otro de los aspectos de importancia en este estudio reside en que establece con claridad los asentamientos espaciales y las relaciones entre las diversas sociedades aborígenes precolombinas de la región, en especial Quillacinga, Sucumbío, Mocoa y Andakí, teniendo como uno de los criterios de análisis la categoría española de "montaña". Aquí establece una nítida diferenciación entre los Quillacinga, que serían los antepasados de los actuales Kamsá, y los Inga, hablantes del quechua y que habrían llegado a la región antes de la llegada de los españoles, no como una avanzada de los Incas —que constituye la teoría más socorrida respecto de su origen—, sino como resultado de migraciones de grupos que llegaron desde las tierras bajas del Perú oriental, huyendo precisamente de las conquistas de los Incas y siguiendo rutas de avance por la selva amazónica que los llevaron al Ecuador, en donde se detuvieron por un tiempo considerable antes de continuar su viaje, y que luego habrían ascendido del Putumayo a la cordillera para ubicarse en la zona de La Laguna (hoy El Encano) y Patascoy, desde donde los españoles los trasladaron al Valle de Sibundoy para aprovechar más eficazmente su mano de obra y velar mejor por su "salud espiritual".

Entre paréntesis, sería bueno anotar que en los últimos años diversos asentamientos de indígenas inga se han venido reclamando, a través de sus autoridades, como si fueran quillacinga. Cosa semejante ocurre con un grupo de organización reciente en la zona de El Encano, cerca de La Cocha.

Como una conclusión importante en lo que tiene que ver con el manejo territorial se señala como una constante la presencia de grupos quillacinga compartiendo territorios con grupos de habla quechua, sin que eso necesariamente implique, como lo supone la autora, la existencia de una organización dual, aunque esta sea una probabilidad que bien puede considerarse como hipótesis de trabajo para nuevas investigaciones, en las cuales habría que esclarecer si se trata de quechuas procedentes del Perú o del Ecuador o de ambas regiones y el momento de sus migraciones. De todos modos, esta circunstancia es importante en el esclarecimiento de las relaciones interétnicas en las épocas que precedieron a la llegada de los conquistadores ibéricos.

Los españoles, al intentar incorporar los recursos de esta región, así como los de la selva, a la economía colonial desarrollada por ellos en la zona andina en la cual se establecieron y que consideraban realmente como su territorio, constituyeron una frontera móvil. Esto es especialmente cierto en lo que tiene que ver con su estrategia para la explotación minera, aunque antes el rescate se había conformado como un mecanismo de acumulación de recursos, bien fuera por medio del saqueo directo, bien mediante la imposición del tributo y la creación de relaciones de intercambio desigual con los distintos grupos aborígenes. Las necesidades de abundante mano de obra para el manejo de las instituciones españolas condujeron bien pronto a la aparición de la encomienda y de las distintas formas de mita, en especial la minera. Esta forma de vinculación de la mano de obra tuvo como resultados principales amplios desplazamientos coactivos de la población indígena y una enorme mortalidad de la misma, con todos los efectos desestructurantes que acarrearón sobre la vida social.

Frente a esta situación, los indígenas resistieron por diversos medios; las sublevaciones y destrucciones de pueblos estuvieron entre ellos, para lo cual establecieron alianzas con otros grupos del Alto Caquetá y Putumayo.

El curanderismo, en especial, parece haber tenido una enorme importancia como arma contra los dominadores; así lo señalan los documentos de la época, que expresan como una constante que los indios del Valle de Sibundoy eran muy temidos por su poder y sus "hechicerías". Cabe señalar aquí que la autora se hace eco de una teoría que se va haciendo lugar común en muchos escritos actuales y que podríamos calificar de *antropología de la resignación*, cuando afirma: "mientras los primeros (los Mocoa) se rebelan y por tanto desaparecen como etnia, los Sibundoyes sobreviven hasta el presente" por haberse negado a una rebelión abierta (pp. 92-93). Esta deducción no está demostrada como generalidad y una gran cantidad de sociedades indígenas deben su sobrevivencia precisamente a su rebelión directa, como es el caso de los páez del Cauca, quienes siempre salieron triunfadores de sus confrontaciones bélicas con los españoles.

A comienzos del siglo XIX, como una consecuencia del abandono de la explotación intensiva de las minas y de la mayor parte de los pueblos fundados por los misioneros, la frontera deja de ser minera y los piedemontes oriental y occidental quedan relativamente aislados del centro andino. A finales de este siglo, la explotación de la quina y el caucho en las tierras bajas da lugar a un proceso de colonización que confiere a la región un nuevo carácter de frontera, esta vez misionera, agrícola y ganadera.

En su análisis del comercio de la época colonial, la autora enfatiza el carácter especializado de los sibundoyes en tanto que comerciantes, como ya lo eran desde antes de la llegada de los españoles; por esta razón habrían sido asignados por los colonizadores para el oficio de cargueros entre los Andes y la selva, movilizando no solamente mercancías — una parte de cuyo comercio era de contrabando — sino también a las personas. Empero, no queda claro si este trabajo correspondía sólo a los Inga o también a los Kamsá, con lo cual se cae en la misma mirada peninsular que no establecía diferencias claras entre ellos, como ya he anotado antes.

Pero también los caminos cobran importancia en relación con el movimiento comercial; el texto destaca tres de ellos: el que conduce de Popayán a

Mocoa a través de Almaguer y los dos que conducen de Pasto a Mocoa, uno de ellos pasando por el páramo de Bordoncillo y el Valle de Sibundoy y el otro yendo por La Cocha y el río Guamués, el cual incluye una buena de parte de su trayecto navegando por los ríos. Estos caminos fueron recorridos por diversos exploradores durante el siglo XIX y comienzos del XX, los cuales han dejado detalladas descripciones de sus recorridos y las vicisitudes que tuvieron en ellos.

El estudio termina con una discusión aparentemente profunda y documentada de la dualidad de los sibundoyes, pero en realidad se trata de una serie de asociaciones superficiales y, a mi parecer, bastante ingenuas y forzadas, en las cuales se confunde a cada paso lo que sería la dualidad interna que un grupo tiene como una característica de diversos elementos de su vida social o de su pensamiento, y la conformación de una estructura dual entre dos sociedades diferentes, como sería el caso de los Kamsá y los Inga.

Así, no es claro que entre estos grupos haya una oposición complementaria ni un dualismo en su organización política, por lo menos no se ha demostrado en el trabajo. Es más, lo que parece cierto es que no presentan una organización sociopolítica única, sino que cada uno de ellos está organizado con autonomía respecto al otro. Tampoco parece que en la vida de los Kamsá se otorgue un papel de peso al comercio que realizan los Inga, entre los cuales, dicho sea de paso, las labores agrícolas tienen también una importancia alta, pues de esta actividad depende el sustento de una buena parte de su población, que es relativamente sedentaria, como los Kamsá, en el Valle de Sibundoy.

Igualmente resulta en extremo forzado el intento de asemejar la estructura tripartita de dos opuestos y su síntesis, que Osborn atribuye a los Tunebo, con la existencia de diferencias y relaciones entre Andes y selva, donde los sibundoyes serían la síntesis, porque no se ve por ninguna parte que la actividad comercial de los grupos del Valle de Sibundoy haya creado una unidad estructural global que abarque a los tres sectores; *relación* es algo muy diferente a *unidad*.

Tampoco es lo mismo afirmar que en la vida estos grupos se encuentren rasgos de lo andino al lado de otros que corresponden a la selva, como el yagé y el chamanismo, que demostrar que su cultura está constituida por una síntesis de ellos.

De ahí que si bien es posible que la "existencia de una compleja estructura de relaciones económicas, políticas y territoriales" (p. 134) sea indiscutible, afirmación con la cual termina el texto, no quedan suficientemente esclarecidas ni la naturaleza ni las características de la misma.

Luis Guillermo Vasco Uribe
Profesor Titular y Emérito
Universidad Nacional de Colombia

Chajeradó, el río de la caña flecha partida

LUZ MARCELA DUQUE, IVAN DARIO ESPINOSA,
AIDA CECILIA GALVEZ, DIEGO HERRERA
y SANDRA MARIA TURBAY
Instituto Colombiano de Cultura, Colcultura,
Santafé de Bogotá, 1997.

Este libro es especialmente importante para investigadores con formación etnológica, interesados en la evaluación y estudio de impactos de la explotación industrial del medio ambiente en comunidades indígenas. Primero, porque se trata de una minuciosa recopilación de datos cualitativos y cuantitativos sobre la composición étnica y demográfica, organización familiar, social y política, salud, clasificación, manejo y aprovechamiento del medio ambiente de la comunidad indígena emberá katía del río Chajeradó, municipio de Murindó, departamento de Antioquia. Segundo, porque al ser una evaluación a posteriori del impacto ambiental producido por la explota-

ción maderera en la zona entre 1987 y 1991, se constituye en un valioso aporte metodológico, base para futuros trabajos de evaluación en la zona y para aquellos que deben realizarse después de la ejecución de obras de explotación que afectan a una comunidad indígena.

El libro es una reconstrucción etnográfica de la comunidad indígena y el esbozo del diseño de una serie de matrices que permitirán evaluar el impacto de la explotación maderera en una siguiente etapa. A esta reconstrucción se une información desde las ciencias naturales y de la salud.

El proceso de reconstrucción de los hechos de la explotación maderera y la lectura etnográfica de la comunidad indígena parte desde una perspectiva regional con un acercamiento a los aspectos biofísicos, a la población del Atrato medio, población indígena y generalidades etnográficas de la comunidad emberá. Igualmente se hace un acercamiento a la historia del resguardo, incluyendo datos sobre la ocupación prehispánica de la región, y un acercamiento a la ocupación indígena del Atrato medio desde el siglo XVI, la colonia, la historia reciente del resguardo y una visión émica de los emberá sobre su propia historia.

El capítulo sobre población del resguardo de Chajeradó, abarca desde aspectos étnicos y lingüísticos, demografía y evaluación de servicios básicos, hasta la organización social y política y relaciones inter-étnicas. Este capítulo, al mostrar diversos aspectos sociales del resguardo, es un buen punto de partida para el entendimiento de la situación actual y la problemática general de la comunidad en relación con el bosque y la explotación maderera. Queda, sin embargo, la sensación que el segmento dedicado a relaciones inter-étnicas es corto, frente a la importancia que éstas han tenido históricamente en relación con la apropiación del medio ambiente en el Pacífico colombiano.

El libro incluye también un capítulo dedicado a la evaluación de la salud de la población y realizado por una nutricionista en consultoría para el proyecto. Es un buen aporte al análisis y cuantificación de la alimentación de una población. Incluye